



el viejo capitán

(Una nueva aventura
de Gorrión)

Por Carlos Guillermo Domínguez



.- Tú te quedas aquí escondido y sin mirar.
Gorrión cogió al gallo y lo puso tras unas matas.
.- Quietecito. Cuando me oigas gritar: ¡ya! sales a buscarme.

El chico dio unos pasos alejándose, pero Pascual no esperó a más y saliendo dio un corto vuelo que lo dejó a los pies de su dueño.

.- No, Pascual no es así. Tú tienes que quedarte allí hasta que me oigas dar la señal. ¿Cómo vas a buscarme si vienes tras de mí? Eso no es jugar al escondite.

Pascual cacareó moviendo las alas.

.- Bueno .- Gorrión se encogió de hombros .- Si no te gusta al escondite jugaremos a otra cosa. - Meditó unos momentos ante la mirada expectante del gallo. - Ya está. Jugaremos a piratas que van a la busca de tesoros .- Yo seré el capitán Barbarroja y tú mi grumete.

En un momento improvisó Gorrión una barba con unas hojas de enredadera y luego comentó mientras se la ponía:

.- Bueno, en lugar de Barbarroja seré el pirata Barbaverde. - Cogió una caña y la enarboló marcialmente. - ¡Adelante mis bravos! ¡Que no se diga que la tripulación de El Trueno no tiene valor! ¡Eh, tu, grumete! ¿Qué haces?

El grumete, en aquel momento, alzaba su pico amenazador sobre un pequeño escarabajo que se arrastraba perezoso por la tierra.

La caña, bueno, el terrible sable de abordaje del capitán Barbaverde, fue a dar de lleno en el lomo de Pascual.

.- ¡No te comas ese escarabajo! Mira que eres bruto. No sabes respetar ni a los amigos. - Gritó indignado Gorrión olvidando por un momento su papel de terrible bucanero. - Ese escarabajito es el que vive junto a aquel árbol y es amigo mío, vamos, déjalo no te vaya a dar otro cañazo. Pascual cerró el pico -lo tenía abierto aún sobre el escarabajo- y no dijo nada.
.- Y ahora mis valientes -chilló Gorrión de nuevo en su papel de pirata- vamos a buscar el tesoro escondido en esta isla. Daré dos botellas de ron al que lo encuentre. - Miró al gallo y añadió: -Y dos puños de maíz.



Durante un buen rato correteó el chico de un lado a otro bajo la mirada espectante de Pascual el cual no estaba muy decidido a dar aquellos saltos que, por lo que se veía, no conducían a nada positivo. .- ¡Atención mis leones de mar! - gritó el bravo Barbaverde deteniéndose bajo un peral. - Entre las ramas de ese árbol veo el tesoro que buscamos. ¡Seguidme, escoria de los puertos!

De dos ágiles saltos se encaramó Gorrión al peral y poco después empezaba a mordisquear una apetitosa pera. Un furioso cacareo le obligó a mirar entre las ramas. Allí, al pie del árbol, estaba Pascual mirándolo indignado.

.- ¿Que te pasa? ¿Te molesta que me coma una pera?

El gallo cacareó de nuevo y aleteó enfadado.

.- Comprendo. Como antes no te dejé que te comieras al pobre escarabajo, tú ahora no quieres que yo me coma la pera, ¿verdad? .- De un salto quedó en tierra junto al gallo. - Tienes que darte cuenta de que es distinto, Pascual. El escarabajo iba el pobre a buscar comida para su mujer y sus hijos que lo esperaban en casa. Si te lo comes figúrate la que organizas. En cambio la pera es distinto. Las frutas son para comerlas .- Le tendió la pera.

- Anda, pica un poco y verás qué rica.

Pascual ladeó la cabeza y miró para otro lado sin hacer caso del apetitoso fruto que tenía bajo el pico.

.- No seas cabezota, Pascual. Anda, prueba un poco y si te gusta cojo otra para ti.

.- Adios, Gorrión.

El chico alzó la cabeza. Un viejecito de cansino andar pasaba cerca y le sonreía.

.- Adios, don Miguel. - respondió el muchacho poniéndose en pie. Luego se cuadró militarmente y añadió: - A sus órdenes mi capitán.

El anciano sonrió más ampliamente aún y contestó al saludo.

.- Adios, soldado.

Gorrión lo vio alejarse apoyado en su grueso bastón hasta que unos árboles lo ocultaron. Después se dirigió a Pascual.

.- Es don Miguel, ¿sabes? En una guerra que ocurrió hace mucho tiempo era capitán. En su



casa tiene un sable y muchas medallas. Dicen que fue un valiente. Un día iremos a verle para que nos cuente cosas de batallas. Bueno, Pascual, ¿coges un trozo de pera o no?

Pero Gorrión no supo nunca cuál hubiera sido la respuesta del gallo, ya que unas voces de socorro sonaron no muy lejos de allí.

El chiquillo tiró la pera y corrió hacia el lugar de donde llegaba la petición de auxilio.

Pascual quedó unos momentos indeciso mirando alternativamente a su dueño que se alejaba velozmente y la apetitosa pera que yacía sobre la tierra. Al fin dio a ésta un generoso picotazo y se lanzó luego tras Gorrión tragando a toda prisa.

Cuando el chiquillo llegó al lugar de donde provenían los gritos vio enseguida al que los había dado. Era don Miguel que, inmóvil, permanecía junto a un árbol mientras sus ojos estaban fijos en algo que se movía en su dirección. Gorrión reconoció inmediatamente aquel algo. Era Tizón, el toro del señor Manuel. Por un momento pensó que cómo era posible que el animal estuviese suelto; pero unas voces mezcladas con risas que sonaron cerca le dieron la clave. Subidos en un árbol había varios chicos que reían y gritaban:

.- Vamos a ver si don Miguel es tan valiente como dice.

.- Que toree el bravo capitán.

Gorrión sintió algo extraño dentro de sí, algo que le encendió el rostro y le obligó a dar unos pasos con los puños apretados hacia el árbol donde estaban los chicos. Pero el rápido avance del toro le recordó el peligro en que estaba el viejo capitán y rápidamente fue a su lado.

.- Vamos, don Miguel, suba al árbol. Pronto, que ya viene Tizón.

El pobre anciano intentó cogerse a las ramas más bajas a la vez que Gorrión trataba con todas sus fuerzas de levantarlo para que se agarrase a ellas. Pero si bien el viejecito era delgado, sus huesos debían pesar lo suyo ya que todos los esfuerzos del chiquillo resultaron inútiles.

.- Déjalo, Gorrión, no podrás subirme y yo no alcanzo. Anda, hijo, sube tú y ponte a salvo. Gorrión movió la cabeza negativamente.

.- No, no lo haré, me quedo a su lado.

El viejo intentó vanamente dar a su voz un tono marcial al decir:





.- Es una orden, soldado Gorrión, una orden de tu capitán.
 Pero el soldado Gorrión no hizo caso de la orden, bien al contrario, colgándole de un lado de la cara el trozo de enredadera que por unos momentos había hecho de él al pirata Barbaverde y sintiendo en el pecho el golpeteo de su corazón, avanzó decidido hacia el toro que se acercaba.
 Angustiado contempló don Miguel cómo el astado se detenía un instante para contemplar la figura del chiquillo que le salía al paso, para luego arrancar baja la testuz y horizontales los terribles cuernos. El anciano cerró los ojos un instante. Cuando los abrió pudo ver cómo Gorrión se había desplazado de sitio y desde el lado opuesto gritaba al toro. Este escarbó furioso la tierra y se lanzó hacia la pequeña figura que corría ante él. Fueron unos instantes de angustia. Gorrión se desplazaba de un lado a otro evitando las embestidas del animal hasta que lo llevó cerca de la puerta del corral que los chicos del pueblo habían abierto. Desde allí gritó a Tizón que embistió entrando como una tromba en el corral. Don Miguel vio con alivio cómo por el otro lado de la empalizada saltaba ágilmente el chiquillo quien, con toda rapidez, daba la vuelta y cerraba desde fuera la puerta dejando encerrado al toro.
 Olvidado de su bastón, de su reuma y sus achaques, el viejo capitán corrió al encuentro del muchacho y lo abrazó fuertemente.
 .- Gorrión, pequeño héroe.- De un manotazo espantó unas lágrimas inoportunas.- Eres igual que ellos, que mis soldados, que aquellos valientes truhanes indisciplinados que sabían luchar hasta el final.

El chiquillo correspondió al abrazo del viejo capitán; pero sobre el hombro de este vio cómo los muchachos del pueblo se dejaban caer del árbol como fruta madura y, arrancándose de los brazos de don Miguel, se dirigió a ellos.

.- Esperad un momento.
 Los muchachos tomaron actitudes provocativas.
 .-¿Qué quieres?
 .-¿Qué le pasa a este ahora?
 .-No me pasa nada -habló Gorrión notando que la voz le temblaba ligeramente a causa de la indignación que sentía.-Y lo que quiero decir es que sois una partida de cobardes.
 Los chiquillos se apelonaron tras Juanón, el hijo del herrero, como buscando protección en la recia figura del muchachote.
 .- Mira lo que dice, Juanón.
 .- Nos ha llamado cobardes.
 Juanón se vio en la obligación de dar la cara por todos y se encaró con Gorrión.
 .- Oye, tú, que no te consiento que nos llames cobardes.
 Gorrión dio un paso y agarró al otro por la camisa zarandeándole pese a que este le pasaba casi la cabeza.
 .- Os llamo cobardes porque lo que habeis hecho con don Miguel es una cobardía y una maldad.
 .- Te voy a dar así...
 Juanón levantó una mano pero no llegó a descargarla. Gorrión colocó hábilmente una de sus piernas tras las de su contrincante y de un empujón lo tiró a tierra.
 .- Me has tirado .-Se quejó Juanón desde el suelo.
 .- Y te tiraré veinte veces si es necesario. A ti y a todos estos.
 En aquel momento llegó don Miguel.
 .- Haya paz, muchachos. Yo sé que ellos no pensaron en las consecuencias de lo que hacían y estoy seguro de que jamás volverán a hacer nada semejante.
 Juanón dijo algo ininteligible y levantándose se alejó seguido de sus amigos.
 El anciano puso sus manos sobre los hombros del chiquillo quien, con los puños y los labios apretados, veía marcharse a los otros.
 .- Escucha, Gorrión, un valiente como tú debe saber perdonar.
 .- Pero es que lo que hicieron con usted... .-intentó protestar el chico.
 Don Miguel le interrumpió.
 .- Llevan bastante castigo con su vergüenza y con la lección de valor que les has dado. Anda, acompáñame a casa y por el camino te iré contando una historia. Verás: Yo tenía en mi regimiento un soldado llamado Rodríguez, al cual, como había otros Rodríguez más, llamaban Rodriguín porque era muy bajito. Un día que estaba de puesto en una avanzadilla se dio cuenta de que un grupo enemigo trataba de infiltrarse en nuestras líneas. Eran seis hombres y él no podía pedir ayuda. Entonces no había teléfonos de campaña ni emisoras portátiles. Rodriguín comprendió que él solo tenía que cortar el paso a aquellos seis hombres. ¿Y sabes lo que hizo? Jugándose el todo por el todo se lanzó contra ellos gritando y disparando. En pocos momentos dos enemigos yacían en tierra heridos y los otros cuatro, creyendo que eran varios hombres los que se les venían encima, tiraron las armas y se rindieron.
 .- Era valiente ese soldado.

.- Lo era, Gorrión, era un soldado español. Pero lo que yo quiero decirte es que cuando Rodriguín los hubo reducido, se enteró de que los hombres aquéllos iban en busca de agua. Estaban muertos de sed y por eso se exponían yendo a buscarla a nuestras líneas. Mi soldado les dio entonces el agua que tenía y curó a los heridos. El sabía que su dotación de agua tenía que durarle dos días, pero no le importó pasar sed con tal de apagar la que sentían aquellos hombres que al fin y al cabo eran sus enemigos. ¿Comprendes lo que te quiero decir, Gorrión? Hay que ser valiente, pero también generoso.

Hablando habían llegado hasta la casa de don Miguel y allí se despidieron el muchacho y el viejo capitán.

De regreso al pueblo, ya cayendo las primeras sombras de la noche, Gorrión comentaba con Pascual:

.- Tiene razón don Miguel, pero yo, la verdad, me hubiese quedado más tranquilo dando una paliza a Juanón y los suyos.- Quedó pensativo unos momentos.- Eso que nos contó del soldado Rodriguín era muy bonito y yo creo una cosa. Rodriguín dio un susto a sus enemigos y después les dio agua. Nosotros podemos hacer lo mismo, Pascual. Vamos a darles un buen susto y después que pidan agua si quieren que también se la daremos. Seguro que están reunidos ahora en la herrería vieja.

Cuando llegaron al pueblo, Gorrión fue derecho a la herrería vieja.

Desde una desvencijada ventana miró al interior y sonrió. Allí estaban Juanón y los demás muchachos jugando al parchís. Se volvió a Pascual y le dijo:

.- Están todos ahí. Ahora vamos a buscar...

No terminó la frase. Sus ojos quedaron fijos en la ropa tendida que había en la casa contigua a la herrería. Allí estaba la flamante colaña de la señora Paca, la del farmacéutico. En un momento desaparecieron de la cuerda una sábana y una funda de almohada. Y poco después, Gorrión, cubierto de pies a cabeza con la sábana, se acercaba a la ventana de la herrería seguido por Pascual que, envuelto en la funda de almohada, avanzaba dando ridículos saltitos.

Con un: ¡Huuuuuu! escalofriante penetró Gorrión en la habitación. Los chiquillos al verlo dieron gritos de espanto, el parchís y las fichas rodaron por el suelo mientras todos trataban de salir a la vez. Pero como la puerta estaba cerrada y nadie daba con el picaporte, se armó una barahunda espantosa mientras el improvisado fantasma seguía con sus terribles ¡huuuuuu!, ¡huuuuuu! Pero tanta gana ponía Gorrión en su papel y de tal forma movía los brazos, que uno de los muchachos le vio los pies y gritó:

.- ¡Eh, es un chico, es un chico, le he visto los pies!

Cesó el griterío. Los más valientes se dirigieron al fantasma que había dejado de moverse y ya pensaba en la forma de salir de aquel lío, cuando, Pascual, que se había quedado en la ventana, saltó a la habitación cubierto por la funda de almohada cacareando fuertemente y dando terribles saltos. Esto fue demasiado, los chicos no pudieron resistirlo y de nuevo arreciaron los gritos apelotonándose todos ante la puerta hasta que al fin alguno dio con la forma de abrirla y todos salieron disparados por ella escandalizando al pueblo con sus voces. Mientras, Gorrión se despojaba de la sábana, quitaba a Pascual la funda y reintegraba ambas prendas a la cuerda de donde las había cogido.

Ya se disponía a marcharse cuando llegó un grupo de mozos armados con estacas y capitaneados por Cirilo, el guardia, el cual se dirigió a él.

.- Oye, Gorrión, ¿Has visto tú un fantasma?

El chiquillo puso los ojos redondos.

.- Ya lo creo. Era grande grande y con los ojos relucientes. Me parece que aún está en la herrería. Los hombres se miraron unos a otros pero ninguno dio un paso adelante.

.- Bueno -dijo al fin Cirilo.- Yo creo que ya debe haberse marchado.

Los mozos asintieron y todos se fueron en dirección opuesta lanzando de vez en cuando miradas temerosas hacia la herrería.

A la mañana siguiente todo el pueblo comentaba el caso de los fantasmas. No se hablaba de otra cosa y nadie hizo caso de la señora Paca, la del farmacéutico, cuando dijo extrañada que había dejado su colada bien limpia y a la mañana siguiente se encontró una sábana y una funda de almohada en bastante mal estado. No, eso no tenía importancia, lo importante era que en la vieja herrería había fantasmas. Y el caso es que desde aquel día la vieja herrería perdió su nombre y se llamó la Casa de los Fantasmas. Todos evitaban pasar cerca de ella, bueno, todos menos Gorrión, Pascual y también don Miguel, el cual, muchas veces, al encontrarse con el chiquillo le guiñaba un ojo y hacía:

.- ¡Huuuuuu!

Y el viejo militar y Gorrión reían mientras los que los oían miraban extrañados no encontrándole ninguna gracia a aquel: ¡Huuuuuu!

